

El Chiflón del Diablo

Del barrio me recuerdo sus adyacentes calles: Maipú, Herrera Libertad, Chacabuco, San Pablo, Matucana, Balmaceda y de él, su porfiada y manoseada arquitectura castigada por los tantos movimientos telúricos que hacían de sus casas y sus edificios entidades que había que reparar con urgente premura. Nada de edificios altos. Quizás la construcción más alta era aquella Iglesia de ladrillos en la esquina de Esperanza con Yungay. Aquí había funcionado en los años 50 un convento de monjas y si no recuerdo mal, más de alguna chiquilla se había dolorosamente quitado la vida. El barrio era dominado por casas de todo tipo construidas o en madera, adobe, ladrillos o cemento o una mezcla de todo esto. Peculiar a mi calle los famosos cités: entidades urbanísticas para acomodar mucha gente, animales e insectos de todo tipo. Algunos de estos cités de calle Esperanza eran bien mantenidos otros arruinados por el adverso paso del tiempo y la pobreza de sus habitantes. Aquí en uno de estos viví por varios años en un humilde cuartito con un diminuto patio frontal donde mi madre, con sus crónicos ojos llorosos, cocinaba a leña y carbón el alimento que me darían siempre tantas alegrías. Me refiero al famoso Chiflón del Diablo que yo rigurosamente recordaba, a mis amigos, cuando me agarraban de material, que este tenía su verdadero nombre: el pasaje Santo Domingo. Aquí viví desde los 6 a los 19 años. Mi Chiflón del Diablo no debe ser confundido con el otro "Chiflón del Diablo", el que aparece como uno de los tantos relatos de Sub Terra del escritor Baldomero Lillo. Sub Terra fue la primera novela social publicada en Chile en 1904.

A ambos chiflones los unen la humanidad llámese vida, pobreza, injusticia, miedo, depravación, desesperación o muerte. La mala fama de mi Chiflón nace como un desafortunado reflejo del Chiflón del Diablo, la mina de carbón de Lota y de propiedad de la familia Cousiño. Tengo entendido que para perfeccionar la producción de las minas del carbón en Lota en la segunda mitad del siglo 19 la familia Cousiño, contrató a cincuenta mineros escoceses para que adiestrasen peones agrícolas a ser mineros. Este carbón extraído de las profundidades marinas, propuesta hecha a los Cousiños por el ingeniero inglés William Stephenson, iría a reemplazar el carbón británico usado en las fundiciones salitreras del norte del país.

El Chiflón del Diablo en la novela de Lillo es el drama de aquellos mineros, hombres y jóvenes, que se adentraban a la mina maldita para nunca más salir de ella. *¿Y que hacía usted lector o lectora si usted era un pobre diablo, no tenía trabajo y además tenía que mantener una familia?* meterse dentro de la mina, el infierno, y ver la posibilidad de salir de ella con vida. Y piense usted que el escenario de desolación, desesperación social y económica que sufrían los habitantes de Lota la compartían, en términos de distancia, con el fantástico palacio-paraiso adornado con obras de arte traídas hasta aquí desde Francia e Italia.

La mala fama de "mí" Chiflón del Diablo se debió a que entre los años 1930, 1940, o tal vez antes, a este lugar ni un paco o matón que viniese al Chiflón a armar bochinche lo podía hacer a no ser que despreciara su vida. (Se hablaba de haberse visto un paco colgado a un poste). Entrar en el Chiflón del Diablo de calle Esperanza en esos lejanos años era una sentencia de muerte como lo era para cualquier minero que se atreviera a entrar a la mina el Chiflón del Diablo de Lota. *¿Leyenda o verdad?* Con todo, la historia de los chiflones son una simbólica patá en las huevas y al corazón de la orgullosa burguesía chilena representada en Lota por la familia Cousiño, y en Santiago representada por sus gobiernos siempre respetando sus mezquinos intereses.

Yo recuerdo el 'Chiflón del Diablo' con mucho afecto porque en ese aporreado y pobre lugar viví una necesaria y valiosa experiencia de vida. Aprendí, y todos lo que vivimos ahí, mucho de lo que es la vida y mucho de lo que somos como genero humano. De este lugar hay tantas historias que contar: Una de las historias más dramáticas de mis días chifloneros fue la de aquella mujer que degolló a sus tres hijos. La mujer posteriormente trató de suicidarse. Como era de imaginar, con este hecho dramático, 'El Chiflón' sirvió de 'material' periodístico para La Tercera y el Clarín, la llamada prensa roja de Santiago.

Cuantas veces aparecieron por allí los 'tiras' para buscar al famoso 'loco Pepe'. A mi ya jovencito, estos 'huevónes' un día me sacaron a las seis de la mañana de mi cuarto para ver si el argentino estaba fondeado debajo de mi cama o la de mi madre. Fuimos humillados por los detectives (¡hijos de puta!). Me acuerdo que en aquel helado día de invierno, había un velorio y cuando llegaron los 'tiras', sacaron con prepotencia a todos los asistentes, incluido el buenón del huinca, para ponerlos a todos con las manos arriba, incluida la finada que era una 'guagüita'. Había que ver si el 'loco' estaba metido en el pequeño cajón blanco de la 'guagüita' ¿No les parece tragicómico?

En este interesante lugar capitalino crecí sin atreverme a decir garabatos y tanto es así que mis amigos decían: "¡uy! Carlitos Gallina no dice ni mierda". Esta gracia mía de no decir ni mierda era muy apreciada por los padres de mis amigos y amigas ya que obtenían permiso sin problemas para ir a las fiestas de amanecidas, siempre y cuando yo estuviese en ellas y... cerquita de ellas. Había un 'hueveo' en esos años en relación a esto y venía del flaco Nelson, otro chiflónero. El flaco siempre me decía que en el barrio yo tenía un 'fan club' de viejas viudas y montepiadas. Esta broma era, según él, porque yo les servía a estas personas de garantía al 'traste' de sus hijas. Todo esto porque yo, en aquellos días, aparte de ser un formalista era 'un joven muy caballerito'. Y lo era por la educación recibida de mis padres.

El pasaje Santo Domingo, cuyo dueño creo recordar tenía apellido Rosetti, estaba ubicado en la calle Esperanza 1384 casi al llegar a la terrosa calle Yungay. En hecho el Chiflón corría paralelamente a esta calle. Mas que pasaje era una terrosa calle sin salida, metáfora para decir que sus habitantes vivían sus vidas en un callejón sin salida. Sus dimensiones eran aproximadamente las siguientes: desde la calle Esperanza, donde estaba la entrada, hasta el fondo habían unos 80 a 90 metros. El Chiflón tenía una anchura aproximada a los 12 metros. Por el norte no estaba muy lejos de la calle Balmaceda, la línea del tren Santiago-Valparaíso, la plaza Balmaceda con el terminal de micros Avenida Matta, La Nueva Matucana, el río Mapocho, el puente Carrascal, la papelería y la perrera. Por el sur, por el este y por el oeste el chiflón y la Nueva Matucana, estaban al margen de la vida, muy lejos de la decencia humana y la dignidad de un país. Cuando llegué a vivir al Chiflón santiaguino en el primer cuarto de los años 50 este ya no era el sitio para la muerte violenta. El Chiflón del Diablo era simplemente un decoroso lugar para vivir de un cierto modo junto a la muerte ya que aquí la gente moría regularmente por las variadas enfermedades causada por factores sociales relacionados con la pobreza y los gobernantes de Chile.

A la entrada del Chiflón y al lado izquierdo se encontraba un gran solar donde había algunas frágiles casitas hechas de madera. Vivían aquí El pirulo y su familia. En este mismo lado izquierdo íntimamente, dolorosamente, calladamente y hacia adentro, el pasaje Santo Domingo daba nacimiento a cuatro angostos, angustiosos y largos callejones internos llamados cités dominados en su centro por un pilón de agua y una artesa. Cada uno de estos callejones o cités eran conocidos por los habitantes del chiflón por números ordinales: primer, segundo, tercer y cuarto cité. El primer cité estaba ubicado al la entrada y el cuarto al fondo del chiflón. Yo, mi madre y mi padre vivíamos en el tercer cité en una habitación con su respectivo patio donde mi madre cocinaba o a leña o a carbón de espino que con el humo y

los años le hizo venir una terrible catarata a sus pequeños ojos de mujer inteligente. Cada uno de estos callejones o cités tenía más o menos unos 30 metros de largo por unos 5 metros de ancho que los hacían rectangulares en su forma. Al costado de este rectángulo, reposaban con muchas dificultades las pequeñas piezas hechas de adobe, ladrillos y madera con sus techos de zinc y fonolitas de alquitrán. (Y que no se me hable de protección contra los ruidos). Pensar que en toda su fragilidad este chiflón nunca sufrió un incendio. Al menos en los años en que viví aquí nunca lo hubo demostrando con ello lo cuidadoso que eran los chifloneros con sus humildes viviendas. Bastaba un incendio en algún lugar para que quedara la tremenda embarrá.

En la parte de atrás de estos callejones uno encontraba dos pequeñas letrinas mugrientas y al lado una ducha. En realidad la palabra ducha suena a algo alegre y elegante en este contexto. Ciertamente era una vieja cañería de cobre que se encumbraba hacia una techumbre desde un pavimento o lo que quedaba de él. Desde lo alto, la humilde cañería dejaba caer con cierta angustia un chorro de agua helada, en invierno muy helada, que filtraba silbando hacia abajo a través de un mohoso tarro de conservas saturado de pequeños orificios hecho por un clavo. (¡shihhhhhhhhh!)

Dentro del chiflón estos cités internos estaban separados, uno a otros, por piezas que eran de diferentes tamaños. Habían familias que vivían en una, dos o tres piezas. En este mismo chiflón adolorido arquitectónicamente por los tantos temblores, los dolores, los años, las historias, y las tantas eventualidades del país vivía mucha gente como diría algún pituco "gente de poca monta", "gente sin importancia" y sobre todo "patos malos". Como diría yo con orgullo: gente humilde, esforzada, muy trabajadora muchas de ellas, muy inteligentes. Símbolo de este esfuerzo estaba la anciana abuela de los hermanos Duran, una mujer ciega que en su pieza con olor a engrudo y encierro, llena de oscuridad, de niños flacos y pobreza extrema hacía como podía sus robustos bolsones de papel marrón para ser usados en las compras. Estos bolsones los vendía ella misma en las ferias libres (en Cumming, Herrera) y lo hacía acompañada de una de sus pequeñas nietas ya afectada malamente a unos de sus ojos.

En mis años chifloneros nunca tuve el honor de conocer a un asesino a pesar de que había algunos chifloneros que de vez en cuando llevaban consigo una reluciente y amenazadora corta pluma o un largo estoque para ser usado en algo que nunca supe porque ni presos caían nuestros patos malos y si caían a la capacha era más por borrachos que por ser ladronzuelos o matones. Al único que recuerdo que cayó preso por ladrón era un joven que apodábamos el chamaco quien no vivía en el Chiflón sino que en otro lugar en calle Esperanza. Y es cierto que estaban los ladronzuelos de poca monta y ¿por qué no tendría que haber algo de delincuencia si éramos tan pobres y marginados? El General Pinochet que no fue un marginado salió, como sabemos todos, asesino y ladrón y *¿De dónde le habrán salido estas antiestéticas cualidades al que fuera Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas de Chile? Le salió de su inmenso poder acumulado como dictador.*

Es cierto que en el pasaje Santo Domingo abundaba con cierta gana la pobreza, sin embargo, nunca escuché de alguien que hubiese muerto de hambre. Aquí existía una comunidad con gran espíritu de convivencia aunque no faltaban las peleas de vecinos. Concientes estábamos que en el barrio Esperanza y sus alrededores el Chiflón era sinónimo de temores y resquemores y yo por supuesto tenía cierta vergüenza de ser "chiflonero" especialmente cuando conocía una chica y sobretodo si esta vivía en mejores condiciones que yo. Como explicar que en aquel lugar, no muy lejos del centro de Santiago, donde la vida misma, la tierra y las piedras, los gatos y los perros, los ratones y los insectos, las peleas a combos y 'los

pelambres', 'los curaos y los coventilleos', las enfermedades y los velorios, se mezclaban como en una misma cazuela: la alegría y la tristeza, los buenos y los malos modales, los suspiros de los enamorados y los llantos por los celos, los buenos aromas de los almuerzos con la fragancia de las coloridas y variada plantas y flores. ¡Ah!..las flores. Me las recuerdo reposando alegres en los graciosos maceteros de las familias venturosas y con gusto estético.

Los cantores ciegos con guitarras y castañuelas de hueso que se adentraban con mucha valentía en nuestros cités del Pasaje Santo Domingo, eran mi alegría y la de muchos ya que con orgullo, caballerosidad, musicalidad y buenas voces, y por algunos distraídos pesos como recompensa, traían a nuestros oídos chiflóneros: sus rancheras, sus boleros, sus tangos y sus baladas de amor, las mismas que hoy en mi auto de edim-burgués cincuentón escucho con deleite, para enseñarle a Jan, mi amiga inglesa musicóloga, el gusto musical de un barrio popular.

En nuestro chiflón había tantos y variados juegos de niños. Esto significa que la entretención o la alegría no nos hacía falta: abundaban las terrosas pichangas, los distintos juegos con las bolitas, las cajetillas, los volantines, y los juegos mixtos como esos que llamábamos a las naciones, al alto, al montón o las escondidas.

Abundaba la interrelación entre los jóvenes, las chicas y los adultos. Los pelambres y las peleas a garabato limpio entre jóvenes y viejos vecinos era parte de esta relación humana y que no se piense que todo era un avenir de peleas o cuchillazos. Muy por el contrario, había mucho respeto entre la gente. La palabra señora, y había tantas, quería decir madre sacrificada y abnegación por sus hijos e hijas en la jerga chiflonera. Además entre las tantas señoras había tantos obreros y obreras mezclados con algunos empleados públicos y gente con cierta especialización. ¡Aah! vivía aquí el marido de la señora Teresa quien era el secretario del famoso Jockey chileno Jorge Toro. La Señora Teresa era, como la mayoría de los chiflóneros una mujer muy industriosa. En su casa le daba forma, y con una velocidad impresionante, a cajitas de cartón prefabricadas para ser utilizadas posteriormente por una fábrica. No muy lejos de su casa, vivía también la señora Amelia, una señora de tez muy blanca, cara rechoncha, bien metida en carnes y bajita cuyo oficio era ser practicante y como tal siempre andaba con delantal muy blanco, muy limpio y una chompa azul. Era la mamá de la Beti otra amiga de mi infancia chiflónera quien trabajaba en la Odeón haciendo discos. Vivía también 'el Pirulo', joven temido y respetado por los 'patos malos' por que de vez en cuando tenía el temperamento corto. Vivían Don Solís y la Señora Malvina ellos eran mis vecinos en el tercer citee como lo era la familia Duran, la familia del que llamábamos el Oreja y la familia de la Señora Picha con sus hijos: la monona y miguel. A Don Solís me lo recuerdo muy bien por varias cosas: era un caballero alto, tenía su cara quemada, siempre usaba sombrero, era generoso conmigo ya que cuando requería algunas lucas sueltas estaba siempre disponible, si tenía, para prestármelas. ¡Por supuesto que le pagaba lectores mal pensados! Don Solís siempre me mostraba una fotografía en que él se veía, cuando joven, junto al gran cantante mexicano Jorge Negrete. ¿Habría sido Pedro Infante? Lo que probaba que el gran cantante mejicano había estado en Chile. El gringo, el cotorro eran sus hijos. Tal vez me equivoque y el padre habrá sido Don Miguel. En el Chiflón el "Don" tenía peso. Significaba cariño y respeto porque eran personas respetuosas. A mi padre le llamaban Don Jorge o Jorgito.

El gringo, tenía los ojos azules, y el Mario "Congo" (¿habrá sido el cotorro?) además de ser buenos pa' los coscachos y jugar a las pichangas hacían un servicio social inmenso a nuestra comunidad chiflónera. Cuando se tapaban las alcantarillas del Chiflón, o lo que quedaba de ellas, eran ellos los que hacían el gran esfuerzo de destaparlas con voluntad e ingenio: se metían con largos alambres adentro de estas cloacas y cuando la difícil labor llegaba a su

deseado resultado, su vomitable tarea resultaba heroica a los ojos de todos ya que salían de ellas cubiertos, de nuestra mierda. Había otro héroe que sin él, su conocimiento y su voluntad nuestras vidas hubieran sido aun mas oscuras y silenciosas. El papá de Clara, la china, mi amor platónico del cuarto cité, era el electricista quien nos conectaba con el poste eléctrico de la calle Esperanza para que todos los chiflóneros tuviésemos luz sin pagar y pudiésemos escuchar en nuestras radios las radio-novelas preferidas como la historia de Carlos Gardel o programas favoritos como "Hogar dulce hogar" o "el patraas pa' delante". Don Pepe trabajaba normalmente ebrio. Se murió una semana después que lo hizo la señora Picha, mamá de la monona, he hija de la señora Malvina, y dos semanas antes de la muerte de mi padre. Don Pepe no murió electrocutado como podría pensarse sino que por beber mucho.

La gente buena, de buen corazón solidario, y con cierta educación como la señora Teresita con su poca altura sus lentes poto de botella, sobrepasaba de gran longitud a aquellas personas que tenían oficios poco claros. La Chela Santibáñez tenía un oficio extraordinario. Esta gordita chora y radiante de fortaleza macha, probada mil veces en los rudos barrios santiaguinos era con su buen tajo en la cara, una de las tantas cabronas de las obreras casas de putas de la calle Maipú muy cerca de la Alameda.

Una familia, y por diferentes razones muy respetable durante mis días chifloneros, era la familia Rodríguez Cordero una familia grande y católica que vivían al final del chiflón y al costado del cuarto cité. De esta familia me acuerdo con quien jugaba; los hermanos Carmen, Tereza, Pablo y Rolando este ultimo llamado por nosotros Bocaccio, porque tenía una boca grande. Fue Bocaccio quién me enseñó a reflexionar seriamente sobre la vida, nuestras vidas, con el método de hacerse uno mismo preguntas y más preguntas; de por qué la pobreza, de por qué la desigualdad y por qué no proponerse a vivir de una mejor manera. Tenía razón porque el Chiflón y los tantos conventillos de nuestro barrio justificaban en nuestros pensamientos una reflexión muy profunda. Gracias a la tenacidad de Rolando, conocí, como muchos de mis amigos del barrio, el trabajo social de la JOC (Juventud Obrera Católica). El Perico conoció a su adorada Sandra en la JOC.

Conocí también los retiros espirituales, los curas choros, y las vacaciones de una semana, a bajo costo, en una casa de la JOC ubicada en una localidad de la costa central llamada El Peumal. Esta casa, a la cual había que llevar solamente los artículos personales, estaba cerquita de la playa de las cadenas de Algarrobo donde un buen día con Rolando estuvimos una animada conversación con un joven Mapucista de nombre José Miguel Insulza. A mi recordado amigo Rolando, chiflonero como yo, lo mataron durante la dictadura los esbirros de Pinochet y esto no se me olvida, como no se me olvidan mis orígenes y que el upeliento José Miguel Insulza, como ministro del exterior en el gobierno de Lagos, se las arreglase para llevarse desde Londres a Santiago al General Pinochet evitando así, la extradición que le esperaba a España para ser juzgado por su grotesca violación a los derechos humanos de tantos chilenos y extranjeros.

Así es: Mientras el General Pinochet se regocijaba de sus matanzas de miles de upelientos durante su dictadura, muchos años después, observamos con dolor y angustia, como upelientos como Lagos e Insulza rescataban de la mismísima prisión y la justicia al mismísimo General. Estos upelientos, que jóvenes obreros como yo en los años de Allende seguíamos sin titubear sus "sentidos llamados revolucionarios", se convirtieron a mis ojos y los de millones de otros chilenos algo así como traidores de segunda: Tendrían en su defensa valiosos argumentos para justificar su acción de llevarse al General a Chile. Sin embargo, también nosotros, los que nunca hemos dado la espalda a las incontables tragedias de millones de

hogares chilenos, teníamos los argumentos necesarios para que Pinochet fuese castigado por lo que hizo. (Claro! para millones de chilenos Pinochet es un Santo)

El presidente Ricardo Lagos nos decía que Chile, y su democracia, estaba en condiciones de juzgar a Pinochet en Chile. En realidad esto no era posible porque él, como millones de chilenos, estaba enterado que los administradores de la llamada "justicia chilena" nunca estuvieron, ni en dictadura ni en democracia, interesados en las violaciones de los Derechos Humanos y en los valores de la libertad. El Juez Guzmán es un valioso testimonio que garantiza lo dicho a esta partecita dedicada a la historia de Chile. Guzmán hizo de todo para poner en el banquillo al dictador en Chile pero lamentablemente, según él, los de la Corte Suprema, se perdieron la oportunidad histórica de procesar a Pinochet para así, de esta manera reparar, antes los ojos de los chilenos, la pobrísima actuación que les cupo durante la dictadura. La Corte Suprema hizo de todo para hacernos creer que Pinochet estaba loco en un momento de su vida donde su racionalidad estaba mejor que nunca. De la prensa Argentina leemos:

La Corte Suprema de Chile cerró el proceso contra Pinochet

SANTIAGO, Chile.- El octogenario ex dictador Augusto Pinochet podrá vivir sus últimos días tranquilos. La Corte Suprema chilena lo declaró ayer inimputable por su demencia en el proceso por 75 homicidios y secuestros por el que hace dos años el juez Juan Guzmán lo sometió a proceso como encubridor. La segunda sala penal de la Corte Suprema, por 4 votos a 1, rechazó un recurso de casación interpuesto por los acusadores de Pinochet y dejó firme, sin apelación alguna, el sobreseimiento por razones mentales dictado hace un año por el tribunal de apelaciones capitalino.

El Libro Negro de la justicia chilena de Alejandra Matus no los deja un testimonio bastante claro acerca de lo que piensa de los llamados administradores de Justicia Chilena que ella llama: "los intocables".

Chile Actual, Anatomía de un mito, "la crisis política" de Tomás Moulian (1997) nos los deja claro acerca de estos bruscos y secos cambios políticos de lo que un día fueron connotados dirigentes upelientos que estaban por el socialismo y hoy (2008) están por el capitalismo más desenfrenado en la historia de Chile:

Al principio el gobierno de Aylwin, para unos políticos constituía un problema moral aparecer departiendo amablemente con quienes los habían perseguido y eran culpables de asesinatos masivos. Después se hizo común el intercambio de sonrisas, luego de gestos amistosos, de conversaciones, de fotos en los diarios compartiendo la vida social. Todo esto crea la impresión de que amargamente se puede decir "un círculo", una clase. El poder los iguala. Amargamente se puede decir "son todo lo mismo".

A Rolando, chiflonero, no solamente le mataron cobardemente a él sino que también a varios muchachos y muchachas de la JOC como a su compañera esposa Catalina Gallardo Moreno, su cuñado Roberto Gallardo Moreno, la esposa de este Mónica Pacheco Sánchez quién cuando la mataron, estaba embarazada de tres meses. Todos estos lindos jóvenes eran mis amigos de la JOC. Mónica, una mujer muy dulce y buena moza, era maestra de inglés en una escuela primaria. Junto a Rolando asesinaron a Mauricio y a otros compañeros más que incluyen otros miembros de la familia Gallardo. A Carmen, hermana de Rolando, la tuvieron presa por meses en Tres Álamos. Esta misma Carmen que un día me metió de cuico para que yo ayudara la misa en nuestra iglesia ubicada en calle Esperanza con Yungay.

Yo tengo entendido que todo Chile se enteró que estos muchachos eran terroristas. El periódico el Mercurio y la dictadura lo habían decidido así. De esta versión de la prensa oficialista me acuerdo muy bien porque la noticia acerca de sus muertes la supe en el Mercurio del día 23 de Noviembre de 1975 cuando vivía en Glasgow. Como yo les conocí a todos y como con todos ellos compartí lindos momentos y profundas reflexiones sobre el destino de Chile durante la época de Allende, puedo decir que lejos de ser terroristas estos muchachos estudiantes, obreros y profesionales, eran ni más ni menos, la maravillosa buena conciencia de un barrio popular. Estas personas se quedaron en Chile a luchar con la palabra, con la razón y la piedra del destino la dictadura más brutal de toda la historia de Chile.

El ex Presidente Lagos nos dejó la impresión de quedarse: con su vida académica intacta, su poder, y su dedo en el aire para luchar durante su gobierno por valores más cercanos al capitalismo desenfrenado, la desesperación y la muerte que por los valores más nobles cercanos a la igualdad, la justicia, la libertad y la comprensión hacia los familiares de los desaparecidos.

El informe de la Comisión de Verdad y Reconciliación hace esfuerzos para poner en su sitio la verdad sobre sus asesinatos y nos cuenta 'la firme' como cada chileno durante la dictadura de Pinochet fue muriendo. A continuación es lo que oficialmente dice la Comisión de Verdad y Reconciliación acerca del asesinato de Rolando y un amigo.

"Esta comisión ha tenido acceso a un testimonio presencial que indica que los hechos sucedieron en forma distinta a la indicada en la versión oficial. El día de los hechos llegaron al lugar numerosos vehículos que se detuvieron bruscamente. En la vereda del frente se encontraban Rodríguez y Mauricio sentados en un banco. De los vehículos se bajó un individuo y sin mediar palabra los ametralló, muriendo uno de ellos inmediatamente y quedando el otro herido, quien falleció posteriormente. Los agentes siguieron disparando al aire y sin dirección, hiriendo a un individuo que salía de una fabrica. La comisión agrega: "Del testimonio anterior y de los antecedentes de represión a parientes y personas vinculadas a las víctimas, la comisión extrae elementos suficientes para formarse la convicción de que ambos fueron ejecutados por agentes estatales, en violación de sus derechos humanos".

Y de esta manera mi recordado Chiflón del Diablo será siempre recordado por mí en lo más profundo de mi conciencia día a día mostrándome ese sabio camino, que lleva a un individuo a no olvidarse nunca de su historia.